

**Pensamiento en la noche serena**

Ante mi lecho un charco de luz.  
¿La escarcha cubre la tierra?  
Levanto los ojos y contemplo la luna.  
Bajo la cabeza, y pienso en mi hogar.

**Li Tai Po**

*poeta chino de la dinastía Tang*



Sábado 12 de diciembre de 2009

**# 1031**

Suplemento Cultural Tres Mil  
**Diario Co Latino**  
MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD

| FUNDADO EL 24 DE MARZO DE 1990 |  
| AÑO DIECINUEVE | SEGUNDO CENTENARIO |  
[www.diariocolatino.com](http://www.diariocolatino.com)

# Teatro Gavidia de San Miguel cumple cien años



**SI HAY DESAPARECIDOS NO HAY PAZ**

**¿DONDE ESTÁ  
ARQUÍMIDES CRUZ?**

## San Miguel celebra el centenario del Teatro Nacional «Francisco Gavidia»

# Cien años abriendo el telón

Tres Mil | Corresponsal en Oriente



Una presentación teatral en esta joya arquitectónica del oriente del país.

«El teatro no se hace para cantar las cosas, sino para cambiarlas», expresaba Vittorio Gassman, considerado entre los mejores actores y directores italianos de teatro y cine. Verbigracia de sus palabras, el Teatro Nacional «Francisco Gavidia» cambió la vida de los migueleños desde que abrió sus puertas para que las maravillas del arte pudieran ser contempladas desde otra perspectiva.

Convertido en una joya arquitectónica de la ciudad de San Miguel, el teatro Gavidia, único en el oriente del país, celebra un aniversario más el próximo 31 de diciembre con las reminiscencias de cien años de arte.

Su construcción se inició el 1 de enero de 1903 y fue inaugurado el 31 de diciembre de 1909. Es una obra de sólida construcción y elegante arquitectura que en sus tiempos era muestra del renacer cultural de la ciudad.

Su área comprende mil 75 metros cuadrados y en sus inicios ofrecía tres secciones, correspondiendo cada una de ellas a diferentes clases sociales de la época. Los palcos los ocupaba la clase alta; la luneta, la clase media y la galería estaba destinada a la gente del pueblo o clase baja.

De acuerdo con los libros de historia entre 1914 y 1915 se introduce el cinematógrafo, y para 1927 las exhibiciones de películas habían acaparado la actividad del teatro. Para 1950 el teatro se encontraba en su apogeo, que se considera como su época de oro.

En 1975 el Ministerio de Hacienda cedió el inmueble al Ministerio de Educación, que asumió el compromiso de su restauración, tomando en cuenta su importancia histórica, arquitectónica y estética dentro del desarrollo cultural migueleño y nacional.

Durante la guerra estuvo cerrado al público y fue hasta 1992 que se pensó en reac-

tivar el Teatro con toda la gala que antaño había poseído. Sin embargo surgieron diversos inconvenientes, sobre todo de carácter económico.

Por otra parte, los terremotos de 2001 dañaron seriamente la estructura, a tal grado que fue considerado inhabitable, fue entonces cuando comenzó su largo proceso de restauración.

Actualmente el teatro se encuentra en funcionamiento y es administrado por la Secretaría de Cultura. Con frecuencia alberga diferentes actividades artísticas y culturales, entre ellas presentaciones de piezas teatrales y exposiciones fotográficas y de pinturas.



Durante la filmación del documental «El Nacional», en el interior del Teatro Gavidia.



Interior del Teatro Francisco Gavidia, que estará cumpliendo 100 años el próximo 31 de diciembre

### Un aniversario de película

Como parte de la celebración de los 100 años de fundación del teatro Gavidia desde hace varios meses se filma en San Miguel el documental «El Nacional», cuyo objetivo precisamente es hacer una breve reseña de los cien años de historia que encierra el edificio.

«La idea es de alguna manera rendirle un homenaje a todas las personas que ha estado vinculados a este edificio durante estos 100 años. De esta manera pretendemos reunir cien años de historia explicando toda esa parte que desconoce la actual generación y también hablar sobre la actualidad del edificio y como se encuentra», aseguró Marvín Aguilar, guionista

y director de la producción y cuyo padre fue administrador del teatro de 1936 a 1961.

Aguilar argumenta que hacer un documental sobre el más sencillo de los teatros nacionales se impone como una manera de promoverlo y de ponerlo en la escena nacional dándole un retoque a través del arte.

«El teatro de San Miguel es el más sencillo de los tres que tiene el país, es el que tiene menos ornamentos y el que ha estado abandonado por más tiempo», afirma.

El filme está siendo producido y financiado por una televisora local que le apuesta a la idea de incursionar en el séptimo arte y al mismo tiempo hacer un aporte a la cultura migueleña.

«La experiencia ha sido bastante bonita, hemos trabajado con una técnica diferente con la que trabajamos comúnmente. Sentimos que esto ayuda a la cultura y esperamos que con esto despierte en la gente el deseo de cuidar las esculturas y le tomen la importancia que tiene», sostuvo Joel Martínez, camarógrafo de la producción.

### EXHIBICIONES DE «EL NACIONAL»

El documental será estrenado este viernes **18 de Diciembre** a las 6 de la tarde en las instalaciones del teatro de San Miguel y el lunes **21** en el auditorium del Museo Nacional de Antropología de San Salvador.

De igual manera el próximo **31 de diciembre**, día en que fue inaugurado el teatro, la producción cinematográfica será transmitida por Tropicisión canal 63 en San Miguel durante toda la noche.

# ...allí estará tu corazón

Gabriel Moraes | Escritor salvadoreño

Dicen que lo nuevo desplaza a lo viejo, en este país donde lo moderno brilla en todo su esplendor, mi tiempo no es el mismo de antes bajo aquel árbol de navidad rodeado de tarjetas, canciones, adornos, anécdotas y regalos. Los destellos del pasado son mis alegrías o mis tristezas, lo que fui y lo que soy, están dentro de mí como la sangre o el pensamiento, esperando su oportunidad y resurgir como de las cenizas el fuego y ni siquiera los pasos que suelen traer las enormes distancias son capaces para que las borre de un tajo.

-Dormíte cipote, vos crees que no te caché que tenés los ojos pelados, es la última vez que te lo digo, va pues...

Cientos de luces como arco iris me abrazan íntimamente al árbol y me demuestran que el espíritu no se apaga mientras vivan los recuerdos, las sonrisas de papá y mamá, mis inolvidables hermanos, aunque pase el tiempo, seguirán estando jóvenes y sanos, acercándose con su vaso lleno de entusiasmo en mano, mirándome con cariño, y augurándome buenos deseos para el año nuevo.

Yo no me podía dormir pensando carambadas. En el radio de pilas que mi mamá pone a gran volumen dijeron que todo niño debe tener un regalo para la navidad.

Pasaron a ser perlas atesoradas en el fondo de mis cosas buenas la música, el regocijo de la muchachada, los cohetes rompiendo el aire de emocionantes bom, y la mesa servida de viandas y alimentos sazonados con el corazón.

Si es cierto que me van a dar el regalo yo lo quiero, pero quisiera más que no nos quitaran la casa.

En un rincón de mi pasado, aquella imagen natural de madera y ramas adornadas se enciende y me ilumina como la primera vez y su intención, en esta noche adulta, no es otra que mantener y mejorar el resplandor de mi propia estrella en su horizonte más alto, gozar del bien humano que me heredaron las tradiciones y la vida.

Ahí anda la bulla que nos tenemos que ir, a saber para donde, porque la casa es de otros señores; por la cruz de Cristo, que a mi papá le enseñaron unos papeles y vio clarito, el nombre de los dueños.

No todo es colores suaves y bonitos, los nubarrones grises no siempre se manifiestan para prevenirnos de rayos y truenos; primero, la incertidumbre de ignorar si voy a volver vivo del trabajo cayó como púas en mi corazón, luego los fantasmas desnudos y descalzos de la pobreza nos amenazaban marcarnos con sus sombras; sálvese quien pueda y todo mundo abandonó aquellos caminos que se hundían irremediablemente.

Ji, ji, que no es de nosotros la casa, si los únicos que han vivido y duermen aquí somos nosotros. Si los que le echan agua a la escoba para que el polvo no se levante mientras barremos, sólo ha sido mi familia y yo. Sí hasta Calín mi hermanito más pe-

queño, ha dejado caca por todos lados; que más prueba quieren para meterse en la cabeza que este patio es de nosotros, si fuera ajeno no lo dejarían cagarse adonde se le dé la santa gana...

Mi tiempo emigró para otro calendario, con tristeza en la despedida, el rostro con el que sonríe cuando me acuerdo, me ayudó a arreglar maletas y me fui lejos, muy lejos, bajo otro cielo y otra forma extraña de hablar palabras. Un presentimiento repentino de *vámonos ya que luego es tarde*, sopló la última vela que tenía de esperanza y el regocijo del seis de enero, con sus tres reyes sobre camellos de barro cargando obsequios, no volvió a aparecer nunca más por las fotografías que duermen la paz de los justos en el album familiar.

Aquí cuesta vivir porque poner el agua vale un ojo de la cara, para calmarnos la sed y otros menesteres tenemos que caminar bastante. Luz hay sólo en el día, en la noche como no podemos pagarla cuesta mirar donde poner el pie y ya he ido a parar al suelo varias veces, pero de todos modos a mí me gusta estar aquí.

Toda piedra es igual de dura... Esta tiene una forma que atrae mi atención, parece una mano bien hechita de tanto ir chocando con las otras; cuando la recogí sentí cosquillas, como si alguien me hiciera caricias en la palma de la mía.

A mí me hace falta mi abuelito porque platicaba conmigo. Al acostarnos y estar mirando para arriba por los hoyitos de las láminas, se divisan los pispileos de las estrellas, parecen pedazos de vidrio pegados en el cielo.

Un poco sorprendido por la sensación, me deshice de la piedra, al caer, oí que dijo ¡ay!

Sonreí y pensé: me quieren poner la cara de maje, volví a ver y con la mirada busqué al que se estaba queriendo pasar de vivo conmigo...

Hay un lucero grande que cuando se mete con su resplandor me hace cerrar los ojos y así me voy quedando dormido; hoy no ha salido porque está oscuro... Quizás va a llover. Mi abuelo me lo señalaba con el dedo y me decía que allí vive Dios, hay veces que soy una llovedera de lágrimas porque lo oigo dentro de mí dándome consejos.

No había nadie y fruncí el seño, desconfiando de lo raro de la situación en que me hallaba, agarré un palo y molesto, descargué varios golpes en los arbustos para sorprender, al que escondido me quería poner los pelos de punta. Pero no sorprendí a nadie... Entonces tragué saliva, me toqué el corazón y me tapé los labios para no decir sapos y culebras.

A mi abuelito lo atropelló un carro, a traer agua iba y como no podía mirar bien porque no tenía anteojos, al pasarse la calle no se fijo de lo calladito y rápido que venía el cuatro patas de llanta.

Los ojos se me hicieron de aumento, pero fue por gusto, porque no encontré ni ví nada

de gente. Esto me pasa por venir solo al río me dije temblando, son como las once de la mañana y a esta hora los espantos no hacen de las suyas. Sí fuera de noche ni pendejo que bajo a refrescarme, capaz la siguanaba es verdadera y me deja todo jugado. Un gran silencio se sintió, para que las hojas no se movieran, puta esto no va conmigo, hice la señal del padre nuestro y por extraño que parezca se me fue la canillera y el alma regresó a mi cuerpo.

Como no se iba a morir mi abuelo si hasta el cántaro que es de plástico salió volando por allá... Dicen que fue su espíritu el que se llevó a mi nanita, y como ya tenían un montón de años de vivir juntos, ella no aguantó estar sin él.

Ya tranquilo me acordé de la piedra y la busqué, supuestamente por donde cayó. A pesar de su singular forma no acertaba saber cual era y lo que hice fue sentarme a la orilla de la creciente, divagando como loco ante aquel reguero de piedras, de tin marín dedos pingüe, cúcara mácara, ésta fue. Yo como que fuera cipotío para estar diciendo bayuncadas me regañé a mí mismo; viéndolas bien asemejaban personas chiquitas, medianas, grandes, redondas y anchas, alargadas y estrechas, finas o carrasposas, de todo tamaño y silueta; después de un par de minutos me reí de las babosadas que a uno sin querer le pasan, y no sé porque se me vino a la mente que sí los caracoles guardan el sonido del mar, esta piedra de río seguramente tiene la voz de las aguas y me la acerqué al oído.

Volviendo a lo del regalo a mí me gustaría un par de burros porque sus suelas son de las que más aguantan, la cajita y la chonga salen sobrando; aunque viéndolo bien de que me sirven unos zapatos nuevos si no voy a tener patio donde caminar y lucirlos...

Clarito escuché que alguien sollozaba, y no me lo van a creer, él que lloraba hasta por las positas de la nariz era yo; allá al buen rato me calmé porque con los ojos hinchados como de tecolote, no pude seguir.

Me sequé la cara con el lomo de la mano, y debido al ardor chiloso por la sal derramada, no podía ver lo que pasaba; cuando al fin los abrí, un niño descalzo, pantalón roto y sin camisa, estaba junto a mí. Me dijo no tengas miedo, él que llora desde dentro de vos, soy yo; es cierto que todas estas piedras somos almas en pena, pero no le cobramos a los hijos lo que los padres hacen. Eso sí, no vamos a descansar en paz hasta que por lo menos tu papá venga y se meta al río con todo y ropa, se dé una buena mojada, y luego desde la orilla, hincado pida perdón.

Penamos porque los que hicieron esta gran barbaridad con nosotros, todavía no se arrepienten de habernos apagado la luz de la existencia, ni le han venido a pedir disculpas a nuestro silencio, que nada les va a hacer... Ni siquiera a la Casa de Dios han ido a arrodillarse con sinceridad.

A Diosito, hoy no lo veo haciéndome señas desde la estrella cholotona, pero sé que está allí y como ya estoy acostumbrado a estas yinas viejas, le cambio el regalo por el milagrito de que no nos echen de la casa.

Yo me quedé engarrotado y tragando grueso, porque mi tata no fue el único viga del Ejército, pensando eso estaba cuando un gran vientazo y un remolino de polvo, me hicieron cerrar otra vez los ojos; luego de unos minutos al volver todo a la tranquilidad, ya no había nadie conmigo; sólo la soledad, la piedra en mi mano y yo con el corazón queriéndome salir por la boca, mejor me voy antes de que se me pare, me aconsejé al tiempo que desandaba mis pasos. Si se lo cuento a alguien, por muy chero que sea no me lo va a creer, va a decir que de cual humo he tragado o que ya se me aflojo un tornillo.

¿Porqué venís pálido? me preguntó un compañero de excursión, si hasta estás temblando... ¿te sentís mal?

Hace más de un mes que me pasó esta experiencia y no le di importancia, porque de seguro al bajar al río Sumpul, me había quedado dormido por lo cansado del largo viaje desde San Salvador a Chalatenango.

Pero las cosas iban en serio, porque cabal a la semana, soñé que el niño descalzo, pantalón roto y sin camisa, me miraba con tristeza, agachaba los ojos y se ponía a llorar como perdido en una calle que no tenía fin... Y como no podía calmarse, se abrazaba a mi cintura y yo también lloraba junto a él como si fuéramos hermanos del mismo dolor.

-Despertá, despertá hijo!... ¿tenés pesadillas? Eso te pasa por acostarte sin hacer la digestión.

¿Porqué estabas llorando...? Si todavía tenés la cara mojada por las lágrimas, me miraba y me preguntaba hundiéndose en un mar de angustias la pobrecita de mi mamá.

Cómo le iba a contar lo que de verdad me sucedía... si ella aún divorciada tiene la creencia que toda mujer debe seguir amando al que fue su esposo. Menos iba yo a correr para el Estado Mayor, sería como gastar saliva tratando de convencer a estatuas sordas y ciegas; no soy tan católico, pero estoy yendo a misa los domingos... a pedir perdón en nombre de mi padre.

La última vez que soñé al niño de la piedra, lo ví corriendo feliz por una loma tratando de encumbrar una piscucha.

Los destellos de diciembre vuelven como si el tiempo fuera un árbol, con sus raíces dentro de mí; sus destellos de luz es mi sangre, mi pena y mi alegría; mis latidos son rumores allá del pueblo de donde soy, y me dicen en sueños, puertas y ventanas, que un niño regresa a mi casa por esta época, porque donde esté lo que más amas, allí estará tu corazón.

# Tadeus

Javier Alas | Del libro ganador de los Juegos Florales de Zacatecoluca

## PREMIO ÚNICO DE CUENTO DE ZACATECOLUCA A JAVIER ALAS

Foto cortesía de Javier Alas



El Premio Único de Cuento de los XXXII Juegos Florales de Zacatecoluca ha sido concedido a Javier Alas, por su trabajo «Tramo en construcción», calzado con el pseudónimo **Hombre Trabajando**.

El jurado, integrado por los escritores Salvador Canjura, Mario Pleités y Carlos Consalvi, falló el trabajo de 45 páginas, que abarca 16 relatos escritos entre 1990 y 2009.

Alas, quien es también un reconocido pintor y se desempeña como gerente editorial de Editorial Delgado, logró además durante el presente año el Premio Único de Cuento en los XVIII Juegos Florales de Santa Ana. Obtuvo el mismo galardón en la edición XVI de los Juegos santanecos, en 2007.

Con este el autor suma tres premios en el mismo género, por lo que que, según las bases de participación, será reconocido como Gran Maestro de Cuento, y no podrá participar en lo futuro en dicho género en los Juegos Florales nacionales. Alas es también Gran Maestro de Poesía, por lo que se convierte, junto a Carmen González Huguet y José Luis Valle, en los únicos escritores con doble nombramiento de Gran Maestro, respectivamente.

El acto de premiación se realizará el próximo 18 de diciembre, en la ciudad de Zacatecoluca.

Al igual que Mann, Tadeus es profesor. De literatura inglesa. También es escritor, a diferencia de Mann. Y desde hace poco más de un mes, además, es vecino suyo. Y así como el profesor detesta a los escritores, Tadeus siente un idéntico desprecio por el profesor, pues le conoce lo suficiente como para destinarle sentimientos diferentes. Tadeus pronuncia sus condimentadas ironías y burlas con golosas eses, y muestra un sobrepeso lindante con la alarma. Su rostro de carrillos inflados y su forma de hablar le dan un aire lejanamente añorado, que contrastan con una mirada escrutadora, y en ocasiones lasciva, tras los lentes de armazón dorada.

Pero Tadeus no es menos infame que Mann.

Su amor por la enseñanza no es más alto que su amor por los jóvenes, con especial debilidad por los mozalbetes impresionables. «¡Ay, los efebos!», suele paladearse. Su elección por el magisterio nació del intenso deseo de contacto con menores de edad. Esa juventud es la más apetecible para Tadeus, pues sabe encontrar en ella un terreno fértil para la siembra de sus desviadas semillas. Un niño sin padre en un hogar con limitaciones es el escenario idóneo para representar el papel de protector, con su mano llena de dinero. Tadeus goza, al igual que Mann, del poder sobre una clase, aunque, a diferencia de Mann, con muy distintos propósitos. Y así Tadeus se convirtió en seductor, en corruptor de menores, en morboso guía, hasta que estalló la verdad de sus andanzas entre los efebos en un colegio católico como era aquel, donde impartía puntual sus clases desde hacía tres años, y fue despedido por la puerta trasera, con recomendaciones especiales a los demás colegios católicos para que no le dejaran entrar a sus recintos, ni aunque lo hiciera de hinojos como vendedor de Biblias.

Su formación en el hogar no fue demasiado diferente a la de tantos niños de tantos hogares de clase media, con el matiz de la autoridad de un padre cuyo sentido práctico lindaba con la severidad, y no exactamente en la manera de inculcar la disciplina en el estudio a aquel niño de lentes enormes y rellenas mejillas, sino en un acto tan cotidiano como visitar la boutique o la zapatería y comprarle de una vez tres camisas blancas como las palomas que merodeaban en el balcón de su piso y dos pares de zapatos idénticos en estilo y color. Su impasible padre entendía la moral a la vieja usanza, filtrada además por una visión marxista aun cuando renunció al Partido Socialista, por disensión. Una vez afuera se dijo que de todos modos podía pensar por sí mismo, sería marxista al margen del partido, un hombre de ideología extra oficial que no se perdía la lectura de los periódicos un solo día.

Cuánto aire solemne respiró Tadeus en la biblioteca de su padre, cuántas horas viajó

embebido en las páginas de libros hermosos como potros de ensoñación, hacia países con nombres prestigiosos y sonoros como mágicas campanas, hacia campos morados de violetas e islas que no figuraban en las cartografías conocidas, hacia desiertos vastos como mares y selvas de tigres como un relámpago. Todos esos mundos visitaba entre los otros tomos de duras teorías, mientras no era descubierto y emplazado hacia las tareas otra vez, con el castigo de rigor, la irrupción de las responsabilidades de adulto a su niñez de fantasías de papel. Así se fue formando su personalidad, entre relojes de cuerda en la pared, pergaminos y diplomas, objetos de discreta antigüedad; bronce y oropeles, anaqueles de cedro rojizo y tomos en cueros negros y azul oscuro. Y el retrato del padre, en sepia, como su propia vida bajo semejante autoridad.

La escuela secundaria fue el teatro de sus pininos en el periodismo colegial, en los que llegó a entrevistar a Ernst Volt Gillek. Prominente filósofo y escritor, Volt Gillek padecía el involuntario mas imperdonable crimen de pertenecer a la nobleza, prueba suficiente para ser estigmatizado como un autor de derechas en el dominante ambiente vaporoso de izquierda. A Tadeus le gustaba exhibir esa cinta con aquella grabación, y reproducirla en una vieja grabadora estéreo, con su propia voz tan característica de graciosas eses con carrillos inflados. Sus andares políticos empezaron muy pronto a acusar un movimiento oscilatorio, como de péndulo, de un extremo al otro, y no porque el hijo de un militante por décadas del Partido Socialista no pudiera pavonearse entrevistando a un escritor de derecha, un enemigo de clase. Eso fue apenas un desliz de juventud. Su época dorada fue en la universidad, cuando se unió a un efervescente grupo de jóvenes escritores muy revoltosos (más revoltosos que escritores, es justo precisar). No llegó siquiera a integrarse, y renunció por escrito tras unos meses de encendidas reuniones, defendiendo su inmaculada posición literaria de las casi conspirativas visiones ideológicas de los literatos del grupo. Retornó entonces a su indolencia burguesa y acomodaticia, a cultivarse como un individuo absoluto, a rumiar sus mimados vicios y muy privados intereses. Un lustro después, cuando militar en la izquierda no equivalía a delito, regresó al grupo vuelto un mesías de comprensión. El grupo continuaba, sorprendentemente, tan revoltoso como al principio, y tan sin talentos como al final. Su faceta de izquierda se limitó al vandálico acto de manchar un muro, escribiendo con pintura en aerosol una leyenda: «Y Ernst Volt Gillek fuera del país», en un lenguaje no tan cultivado. Esa no era la primera vez que alguien pedía su expulsión. Algunos fanáticos le habían amenazado de muerte durante la guerra, pero Volt Gillek permaneció firme no sólo en el país, sino en su brillante prosa de ficción, en sus fieles libros de ensayo que tanto irritaban a los

falsos intelectuales de izquierda. Lo más destacado que el tolerante Tadeus realizó entonces fue partir en dos al grupo, en un forcejeo que alcanzó los suplementos culturales de algunos periódicos: un bando siguió a otro escritor, y otro se decidió por él. Al principio era divertido conducir a ese nuevo rebaño, pero después de un tiempo se aburría y lo dejó. Uno o dos disidentes terminaron asistiendo y siendo aceptados en las reuniones del grupo de locuaces del Café Bohemes, que tanto importaba y no a Mann. Por un placer más allá de lo perverso, a Tadeus se le antojó atacar al que había sido su más cercano colaborador, y terminó por convertirle en enemigo. Más tarde llegó a solicitar trabajo, con una sonrisa de lo más natural, al escritor que había entrevistado en su adolescencia e insultado en su madurez, el mismo Ernst Volt Gillek, director del Instituto Goethe, y este, próximo a la senilidad, aunque todavía lúcido, lo recibió en su bien iluminado y pulcro despacho, con numerosos diplomas en las paredes de madera y varias medallas en un mostrador ad hoc. La nobleza de Volt Gillek no era sólo heráldica, y su bonhomía se tradujo en unos ciclos de conferencias para el escritor Tadeus, doctor en literaturas extranjeras, con especialidad en literatura anglosajona. Al despedirse, Tadeus le besó en la mano. Tenía asegurado un ingreso temporal en un instituto con financiamiento de origen privado y estatal a partes iguales, y que gozaba de relativa autonomía y libertad.

Una noche Tadeus retornó excitado de su jornada, y dio un cálido y casi asfixiante abrazo al joven que dormiría esa noche en su piso: «Vengo de afiliarme al Partido Republicano». Ante los ojos de sorpresa del muchacho, añadió: «Tú sabes que yo siempre he sido un aristócrata, un hombre de derecha». La imagen de un aristócrata pidiendo en una manifestación pública la cabeza de un escritor de las élites no era ni de lejos congruente en la mente del chico, que experimentó un ligero vértigo. En efecto, continuó Tadeus con alborozo, mientras abría la botella de gin: «Me ha afiliado Karl, cuyo padre fue miembro fundador del partido, como sabes. Oh, y algo más: Karl me ha dejado su espacio televisivo para que yo continúe dirigiéndolo. ¿No es perfecto, querido?». «¿Y qué pasará ahora con él?», quiso saber el muchacho, que en secreto encontraba muy guapo a Karl. «Estará bien: ha sido nombrado presidente de la Kulturhaue», respondió Tadeus desde la cocina, con una sonrisa que inflamaba todavía más sus carrillos y un vaso de gin en la mano, que hacía oscilar para apremiar la mezcla de los cubos de hielo. Cuando bebía, sus eses se volvían más golosas, como si tuviese algún alimento gracioso en la boca.

Pero una cosa hay que reconocer a Tadeus: su constancia y responsabilidad, pues un lustro después de esa noche aún continuaba en la conducción del programa de televisión que su amigo y correligionario

Karl le había cedido cuando él estaba más desempleado que un jardinero en invierno. De hecho le había convertido en un escape-rate para contactos donde adoraba lucirse, y su número de imberbes admiradores había crecido. Y justo entonces, en esa primavera de lozanos cuerpos en su lecho y en sus noches, en ese destape más descarado que valiente, tanto en las bulliciosas fiestas de jaula de locas celebradas en su piso o en sus entrevistas a efebos lampiños en la televisión, hablando de cualquier cosa poco interesante para un público que no fuera homosexual y además adolescente, la izquierda ganó, por fin, las elecciones presidenciales. Aún militando en un partido de ultraderecha, humillación que su padre no sufrió gracias a una muerte oportuna, lo primero que Tadeus hizo fue deslindarse de forma categórica de Karl, cuyo cargo estaba a un mes de expirar, y a la vez hacerse pasar por simpatizante del inminente gobierno. Escribió una carta abierta y la colgó en la red virtual, acusando a Karl de corrupción y nepotismo al frente de la Kulturhausa. Entregó a la voracidad de la crítica, de forma artera, datos e información confidencial, manejada en el ámbito privado de reuniones profesionales de trabajo donde él había participado. En la misma carta utilizaba categorías como «pueblo», uno de los vocablos que antes había satirizado de la florida jerga marxista, como gustaba llamarla, y que ahora él mismo blandía con total frescura.

El sentimiento principal de Tadeus en este momento de su vida es el desprecio, y le es indiferente que los vecinos o el mismo Mann sepan que es alcohólico, homosexual y pedófilo. Y no le importa porque ha hecho de su vida lo que le ha placido y sin embargo no es feliz. Acre, amargo, ha vuelto blanco de sus invectivas, en el fondo gratuitas, a un pequeño grupo de jóvenes vecinos que se reúnen en la calzada, justo bajo su piso. Borracho o no, acompañado o no del púber que es su pareja, no es infrecuente que estalle en injurias contra aquellos muchachos. En realidad no soporta que sean heterosexuales, y sus alegres chanzas le molestan, las adjetiva ruidosas. En una ocasión le recordaron que jamás le habían hecho cosa alguna y que, al conducir un programa de televisión y otros asuntos, él era una figura pública, y que por favor no les insultara más. Eso a él no le importaba, estaba harto de ellos, les gritó, y de nuevo borbotearon de su boca palabras indignas de un profesor de literatura inglesa. En el fondo Tadeus no soporta que los muchachos hayan pasado ya la edad para él deseable, y le irrita en extremo que sea incapaz de impresionarlos. Saluda muy edulcorado, eso sí, a otro grupo de niños que suele reunirse a otras horas en el mismo sitio que los muchachos. Ese otro corrillo, de hecho bullicioso, jamás recibirá una reprimenda suya. Los muchachos son ahora universitarios, les gusta la música de metal, tienen novias. No les interesa en absoluto lo que haga Tadeus, la prueba es que jamás han telefonado a la policía denunciando una sodomía en progreso a un menor de edad. Mann y los vecinos saben que el niño pernocta en



Magritte. El maestro de escuela

su piso algunas noches a la semana, pues todos le han visto llegar en más de una ocasión con su mochila de cuadernos escolares y vestido con su uniforme. Nadie le ha denunciado jamás. Simplemente los muchachos le dejan vivir. Él, a ellos, imposible.

Tadeus se afeita la escasa barba, ve el remolino de sábanas y una piel no tan clara como la suya reposando en la recámara. Este día entrevistará a un joven poeta, un tal Gregori, que se ha convertido de la noche a la mañana en una celebridad. Se pregunta si será guapo. Y lo más importante, ligable.

Al salir al ascensor se encuentra con Mann, y ambos se saludan con una cortesía de perfectos caballeros. Tadeus con su traje gris y el cabello bañado por el brillo del gel, el profesor con su prisa y un libro que Tadeus no reconoce. Mann reprueba de reojo la desastrosa combinación: camisa a rayas y corbata a puntos, el saco gris y el pantalón estrictamente negro. Concluye que Tadeus es un soberbio inepto para vestirse. Tadeus por su parte ve con burla al profesor, vestido en mangas de camisa, y le condena como un desaliñado lamentable. Saldrán del edificio en direcciones opuestas, aunque a ambos les habría resultado más conveniente avanzar un par de cuadras en el mismo sentido.

## Edgar Iván Hernández y el arte de la brevedad

Eleazar Rivera | Poeta salvadoreño

El cuento breve es una nueva forma de narrar. Digo nueva, porque no hace más de medio siglo que se ha puesto de moda. Para Montalvo (2003) el cuento breve floreció como una reacción al barroquismo lingüístico de la novela latinoamericana. Sin embargo, el cuento breve, micro relato, brevicuento, minificción, etc., tiene sus raíces en la Edad Media, en las parábolas de Cristo y fundamentalmente en la tradición oral.

Rojo (2006) ha definido el cuento breve como una narración donde se narra por lo menos una acción realizada por un personaje que no está tan claro o definido, pero que es al fin un personaje.

La autora antes mencionada, establece las siguientes características para este tipo de narración:

Prosa sencilla, cuidada y precisa, cuya vaguedad o sugerencia permite más de una interpretación.

Está regido por un humorismo escéptico; como recursos narrativos utiliza la paradoja, la ironía y la sátira.

Debe su origen, responde, alude a otras obras o al proceso mismo de la creación literaria.

Rescata formas de escritura antigua, como fábula y bestiarios.

Inserta formatos nuevos no literarios, de la tecnología y los medios modernos de comunicación (Rojo, 2006).

Muchos estudiosos han reconocido la década del 50 del siglo pasado como el punto de partida de lo que hoy es una nueva forma de narrar y se han atrevido a afirmar que fueron Jorge Luis Borges y Bioy Casares quienes se encargaron de compilar una antología de narraciones de entre dos líneas y dos páginas como la primera obra de este género.

Luego, vendrían Cortázar, García Már-

quez, Monterroso, Max Aub, entre otros cultores de este tipo de narración.

En Centroamérica, el cuento breve cuenta con una tradición muy fuerte en Nicaragua donde merece destacarse nombres como Sergio Ramírez, José Cuadra Vega, Michelle Najlis, entre otros. Tan fuerte es la tradición de cuento breve en Nicaragua que hay algunas antología sobre este género específico y Arellano (2004) escribió un artículo al respecto.

En El Salvador, Ricardo Castrorivas, Ricardo Lindo, Alvaro Ménen Desleal, son los grandes referentes. Actualmente, podemos mencionar a Ana Escoto y a Edgar Iván Hernández como algunos de los escritores que cultivan la minificción.

El libro *Cien brevicuentos* de Edgar Iván Hernández nos sorprende por la desmesura con la que aborda la cotidianidad. Las escenas son frescas y claras y cumpliendo con las características del cuento breve, económicos en el uso del lenguaje.

Aborda una multitud de temas entre los que claramente identifico la migración, el futuro, el pasado, los valores humanos, las creencias religiosas, los oficios, etc. Al mismo tiempo que juega con la palabra creando situaciones que envuelven al lector y la hacen reflexionar sobre la situación que se ha presentado.

A veces, pareciera que se da una hibridación con otros géneros como la fábula, aforismo, parábola, ya que se establece una relación bastante paródica.

### Bibliografía

- Arellano, J. E. (2004). La Minificción en Nicaragua. Suplemento La Prensa Literaria, Periódico La Prensa, 11 de Diciembre de 2004: Managua.  
De Miguel, P. (2008). El microrelato: ese arte pigmeo. <http://www.elperroelocuente.blogspot.com.com/2008>.  
Montalvo, A. (2003). El arte de la brevedad. Revista Dominical, La Prensa Gráfica, 23 de Enero de 2003: San Salvador.  
Rojo, V. (1996). Breve manual para reconocer brevicuentos. Ediciones Simón Bolívar: Caracas.

## Brevicuentos | Edgar Iván Hernández

### EL PROFETA DEL DESASTRE

Sus hijos andaban por la playa, su esposa regresaría de otro país, todo el día había sonado el teléfono y él sintió un viejo pánico que le impidió contestarlo.

### PERIODISTA

Pervive con el corazón abierto entre la eternidad y lo efímero. No le sorprende la miseria que asesina en cada esquina. No le asusta un campo de batalla donde no encuentra enemigos.

### EL TRAFICANTE

Traficaba entre países, a las personas las trataba como cosas. Una noche decidió llevarse a sus hijos a otra nación y los dejó perdidos en un páramo. Cuando regresó a su casa, se dijo asimismo: ¡Es demasiado tarde para arrepentirme!

### INTERROGANTE

Siempre que se emborrachaba llegaba al cementerio, amanecía sobre la tumba de su esposa y se preguntaba: ¿Cómo llegué hasta aquí, otra vez?

### EL REO

Cuando despertó estaba en prisión, recordó que enfurecido de celos golpeó a su esposa y a su hijo la noche anterior. Cuando terminó de despertar se preguntó si la cárcel era otra de sus alucinaciones.

## POEMAS

Luis Hernández (Perú)

## NOBILISSIMA VISIONE

Todo duerme en la ciudad.  
Mas no temed,  
Pues alguien vela  
Por el laxo rebaño que descansa:  
Un borracho en la esquina  
Con la lámpara votiva  
De su trago.

## 3

A todos, cerré sin querer, mi corazón.  
Perdido he la llavecita.  
Quizás haya caído en una acequia  
O flote, confundida,  
En el río que separa a los humanos.  
Mas no temo:  
Pueda que un día tú la encuentres  
Al abrir en un santo  
Una sorpresa.

*Para vivir solo hay que ser  
un animal o un dios.*

Aristóteles

## 4

Estaba Dios vestido de Dios:  
Es decir: desnudo.  
O quizás fuera solamente humano:  
Porque para ser hombre  
Hay que ser un animal  
O un dios.  
Sin embargo  
No he vuelto ya a esa playa  
Y me queda la duda sempiterna.

## DISEÑO A TRES

## 3

En las riberas del océano  
Cayeron como manzanas  
Los soldados muertos:  
Quién será, digo,  
Quién creará los frutos y los astros

EN EL JARDÍN DE LOS DESNUTRIDOS  
Brilla una bella flor cebada:  
Es paquita,  
Que olvidó en Miami  
El poco inglés  
Que sabía.

NAPOLEON SE ENORGULLECÍA  
De dormir sólo cuatro horas.  
Quizás por ello fuera  
Tan imbécil.  
Sin embargo  
Una mancha de estatuas  
Lo celebran:  
Legó a la patria  
Cuatro millones de muertos.  
Y ningún sueño  
Quizás porque tan sólo dormía  
Cuatro horas  
En las noches

8-5-70

## Labios rojos carmesí

Luis Gilberto Arévalo | Poeta, narrador y médico pediatra salvador



Fue en las afueras del hospital que la ví por primera vez, a partir de ese momento mi pensamiento le inventó palabras que hablaban de los frutos y olores florecidos que se le caían de su cuerpo.

Al encontrarnos nos veíamos de reojo y sonreía, quizás por esto nunca dudé que se enteraba de las palabras inventadas.

Sus labios ofrecían la dulzura de las botellitas con miel que se vendían en las dulcerías ambulantes instaladas en el mercado y el parque en las fiestas patronales de San Vicente, el rojo vivo con que los pintaba desataban una ilusión que uno cree próxima a conseguir.

Al besarla dejaba un sabor a uva reventada, tenía separado los dientes centrales superiores y en esa hendidura entraba la punta de mi lengua.

Pero ¡Aguarden!, voy como entierro de pobre; aprisa y sin volver la vista atrás.

Un día por el parque Cuscatlán, tomé el bus que va a Santa Tecla, al final iba ella, y me senté a la par. Dijo que dos años antes se había graduado de Trabajadora Social, *hace seis meses que trabajo en el hospital, ahora voy a visitar una tía.* Le pregunté si tenía hijos, *tuve alguien con quien pensaba formar un hogar pero hace un año, regresando de las playas de San Diego sufrimos un accidente de tránsito, él falleció, me fracturé dos costillas, reconstruyeron mi nariz y el mentón.*

Observé su rostro, las cicatrices apenas mostraban la evidencia del accidente, le hicieron un buen trabajo. Nos bajamos en el Parque «Daniel Hernández», le propuse disfrutar un café, así nació nuestra amistad.

No sé quien dijo que la verdadera amistad se da entre los amantes, si es cierto no hay donde perderse, ese día confabulábamos nuestra amistad.

Confieso que fue una relación de corta duración pero intensa, nos alejamos por un hecho imprevisto. Lástima, era una mujer para volverse loco, se transfiguraba haciendo el amor.

Hay mujeres que en el acto carnal terminan haciendo cosas insospechadas, que están en conformidad con la naturaleza de sus deseos reprimidos o hábitos consumados.

Conocí a una de matrimonio formal, insa-

ciable, gritaba, se quejaba en medio de alaridos, toda ella era un tornado histérico, embestía de frente y de lado, en ese momento era capaz de arrojarse a un abismo, de rápido orgasmo, uno después de otro, hasta que desfallecía en su delirio y rocío era la humedad que la cubría.

En el tiempo de exilio en Nicaragua, en el pueblo donde vivía se encontraba una pensión de dos habitaciones; «La Rapidita», fila de parejas esperando entrar, allí se cumplía a cabalidad el dicho: «Indio comido al camino».

Me hice acompañar de una miliciana de impecable reciedumbre, inmóvil se entregaba, su cuerpo ofrecía la indolencia que existe en las piedras de un camino abandonado, era incapaz de fingir, parecía agua estancada, sus parpados incesantes se cerraban y abrían señalando una mirada en media luna.

Así terminaba en un vagar de sueño, renacía por la vehemencia de la gratitud que le salpicaba la cara.

Al regreso a mi país encontré una mujer, que al verla despertaba en mi sentimiento interior un nerviosismo desconocido y no pregunten el por qué de mis manos se escurría un sudor imperturbable.

La primera vez que echamos un polvo, encajada sobre mí repetía frases obscenas y arqueaba su cuerpo con una elasticidad de gimnasta, en ese movimiento alargó su mano buscando meterme el dedo índice en el culo, quizá pensó encontrar la beatitud de la mansedumbre pero descubrió la brusca inconformidad de la resistencia.

Nunca más la busqué.

La de besos con sabor a uva reventada era otra experiencia, mujer de extraordinaria calidez, poseía un prodigio que no lo he encontrado después.

Paseaba sus labios como abeja estremeccida, su lengua adquiría una desmesura por mí ignorada, descendía a los pliegues inguinales para cubrir mi verga resollando entre quejidos.

Su naturaleza se volvía insolente, sus labios se entusiasmaban llenos de una saliva espesa que le provocaba una sensación de ahogo, en el ir y venir se entretenía treinta o cuarenta minutos.

No les miento, no insinuaba desmedro alguno, lo hacía con el furor encarnado que posee una pasión.

En la infinitud de su ritual mi conciencia alcanzaba el estado glorioso de la transfiguración, mis sentidos se abrían paso en un torrente sanguíneo donde se extraviaban en el goce de espasmos ondulantes.

Sedosos vientos abrigaban mi sombra en medio de un diálogo de aguas entendiéndose en voz baja. Pequeños peces provocaban con sus movimientos natatorios un ruido de hojas recién cortadas.

Cerraba los ojos y la embriaguez de una sonrisa que cubría todo mi cuerpo se entendía con el fuego líquido, que en pleno desafío amoroso, se esparcía en suavidades en medio de una música de laúdes.



¡Señor de los desamparados, bendice esos labios de rojo carmesí donde quiera que se encuentren, no permitas que pierdan la costumbre inquebrantable de esa pasión!

Eran encuentros de una sensualidad y complacencia de maravillosa sinceridad.

Una noche nos fuimos al motel «Motor Inn», que se encuentra en las proximidades de la colonia «Luz», ella se encontraba hondamente serena pero voraz en el infranqueable ritual de sus labios, bruscamente se alejó dejándome en vilo, quiso hablar pero en ese instante se le desprendió la quijada, en términos médicos sufrió una luxación de la articulación temporomandibular.

Ignoro si ustedes han visto a una mujer en ese estado, la boca desdibujada, la quijada le colgaba como un delantal, de la comisura de sus labios le salía una baba, sus ojos vidriosos destellaban miedo y asombro.

Todo el encanto se derrumbó, ella con su rostro horrendamente desfigurado y mi verga se desplomó, no hubo manera que mantuviera el inquietante semblante que la hacía permanecer en constante vigilia.

Con palabras crispadas y desarticuladas me preguntaba qué hacer en ese desasosiego.

En estas circunstancias entre más tiempo permanezca lujada la mandíbula, se hace más difícil hacerla llegar a su lugar por medio de la maniobra de «La gaveta», la contractura sostenida de los músculos masticadores ofrece una resistencia a esta maniobra que consiste en introducir los dedos pulgares al fondo de la mandíbula, se presiona hacia abajo y luego se empuja hacia atrás, lo hice y de primera intención llegó a su puesto.

Le señalé que no hablara y le sostuve la quijada con un pañuelo, el cual amarré por encima de su cabeza.

A media noche la fui a dejar a su casa y por un tiempo dejamos de vernos.

Una tarde nos encontramos en el cafetín del hospital, nos saludamos y recobrada la confianza me comentó:

- *Nunca más volveré a ofrecer mis labios para eso.*

Ignoro si habrá cumplido su promesa, lo dudo porque la mejor manera de vencer una tentación es dejarse arrastrar por ella.

## Anécdota con Roque Dalton (2)

# La historia de unos poemas clandestinos

Manlio Argueta | Poeta y novelista salvadoreño | www.manlioargueta.com

En 1975, meses antes de la muerte de Dalton, tuve en mis manos algunos de sus originales literarios. Me los pasó Ítalo López Vallecillos en ese entonces Director de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA, San Pedro Montes de Oca, Costa Rica). Fui mas de ocho años jefe de producción de dicha editorial y el poeta Ítalo me pedía opinión, y más si se trataba de libros de Roque.

Entre otras cosas, Ítalo me puso a prueba para que adivinara de quien eran unos poemas (en esos tiempos me ufanaba de conocer solo por su estilo a cualquier poeta de nacionalidad centroamericana, por el ritmo o pequeños detalles). Me leyó varios poemas y casi me daba por vencido, hasta que le oí un detalle que me hizo decir: «Esos poemas, solo puede escribirlos Roque Dalton, aunque tengo mis dudas». Se traba del poemario: *El amor me cae más mal que la primavera*, donde Dalton daba otro salto hacia un estilo diferente. Faltaba pocos meses para su asesinato.

Ítalo me dijo que, además, había recibido *Las Historias prohibidas del pulgarcito*, y *Miguel Mármol*. Me pidió parecer en especial, de *Las historias prohibidas...* Le di mi aval (pues había leído algo de esa obra desde 1960! aunque Roque no tenía aun configurado el libro). El poeta Ítalo no estuvo de acuerdo con publicarlo y se decidió solo por *Miguel Mármol*.

Años después, me contaba Eduardo Galeano que Dalton había enviado *Las Historias...* al Premio Casa de Las Américas, que a él le había parecido como premio, pero el problema fue que lo envió al género de poesía, y los jurados dudaron de ubicarlo en ese género; ni le encontraron ubicación. Ahora es el libro más internacional y más leído de Dalton (más de 20 ediciones en Siglo XXI, México).

Meses después el fundador de la Generación Comprometida, Ítalo, regresó a El Salvador para hacerse cargo de UCA, Editores (1976). Quedé como director de EDUCA en Costa Rica. Roque ya había sido asesinado.

Al revisar los archivos de EDUCA descubrí que había tres obras más de Dalton: *Un libro rojo para Lenin*, *Pobrecito poeta que era yo...* y *Poemas de una lucha de clases* (un título horrible). Decidí publicar los dos últimos y envié el *Libro rojo...* para la editorial sandinista Nueva Nicaragua. Ignoro si esta edición corresponde al original. Tuve la sensación que había sido cortada, no estoy muy seguro pues desde mi lectura del original en costa Rica hasta leerlo en la edición de Nueva Nicaragua había pasado más de un año.

Di para hacer la portada de *Pobrecito poeta...* a un diseñador francés (Pierre Eppelin), quien me presentó varias muestras, ninguna me satisfizo. Creo que a Pierre le faltaba cierto toque salvadoreño (no tenía

por qué tenerlo, pese a ser un profesional y había leído la obra antes de hacer el diseño y me había pedido que le describiera la personalidad y le diera un significado más amplio de Dalton).

Acudí entonces al poeta José Luis Valle que trabajaba como corrector y editor de una colección infantil en EDUCA, y le pedí que debía hacer una portada especial, pues Pierre Eppelin me había fallado y solo teníamos veinticuatro horas porque la imprenta esperaba desde una semana antes dicha portada. Otro día me llevó la excelente portada. De mi parte solo le agregué en la frente un perfil de paloma con un cielo azul de nubes, del belga René Magritte, todo fue apresurado pero certero.

Me pareció totalmente alusiva: un joven con una cinta metálica y un candado en la frente. Algunos pensaban que era la foto del mismo Roque Dalton, pero Valle había encontrado esa foto en la publicidad de una revista de variedades.

Esa edición de *Pobrecito poeta...*, lleva un epílogo con un trabajo de Julio Cortázar en honor a Dalton, que se lo agregué sin permiso del poeta porque me parecía un bello y gran homenaje al poeta asesinado.

La edición es única, pues luego vinieron otras ediciones, cuando dejé EDUCA para dar clases en la Universidad de Costa Rica, y suprimieron ese epílogo.

También decidí (los editores tienen este derecho) de cambiar el nombre, *Poemas de una Lucha de clases*, por *Poemas Clandestinos*. Y me propuse esta vez hacer yo mismo la portada: una silueta en negro de un soldado desde la claraboya de un cuartel, la sombra tiene un fusil, y como marco tiene la textura de una pared amurallada. Por desgracia no conservo ningún ejemplar, aunque he buscado esta edición en la venta de libros usados de Costa Rica, es posible que algún amigo tico lo tenga en su biblioteca.

Años después, me dediqué al trabajo freelancer en varias editoriales; entre ellas en EDUCA, cuyo director (el salvadoreño Sebastián Vaquerano, ahora embajador de El Salvador en Costa Rica) me pidió que cuidara la edición de *Poemas Completos*. (Siento mucho rebatir a mi buen amigo Dr. Rafael Lara Martínez, pero esos poemas y selección los hizo Dalton mismo, en su máquina de escribir algo deteriorada, los originales llegaron de Cuba, tenía el defecto de no imprimir bien la letra «e»). Lástima que no conservé el original, lo dejé en la imprenta, pero si los herederos de Dalton los tienen se puede comparar y ver que no se hizo ningún cambio.

Lo que pasa es que los poetas pueden reescribir un poema a la hora que quieran. Yo mismo, en los casos que he leído mis poemas, me animo a corregir versos de los años 60, un proceso que solo la locura creativa puede entender.

*Poemas completos*, selección de Dalton, y prólogo mío, tiene de portada la foto del sobre manila de correo, con la letra de Dalton y las estampillas de envío. (La idea de esta portada fue de Vaquerano). No sé cómo llegaron por correo o si yo nunca descubrí el sobre de correo aéreo cuando fui Director de EDUCA.

Resumo: En 1964, Roque Dalton es secuestrado, lo interroga una persona llamada

Aníbal, de origen cubano pero esta vez había llegado a El Salvador desde EE. UU., (aunque dijo que llegaba de Cuba), supe después su procedencia por el mismo Dalton.

El poeta sale de El Salvador y se va a Checoslovaquia con su familia (1964). Dalton me aconseja que yo también debo salir pues Aníbal le mostró una foto mía preguntándole si me conocía. Respondí al poeta que los únicos viajes realizados hasta ese tiempo, era los del exilio. Me iba a quedar: «me defenderé con mi poesía» (retomé el consejo que él me había dado años antes en el poema «Postal a Manlio» de escribir más y dejar de poner «en pie a la pólvora»). No tenía otra salida. Los premios literarios me permitieron pagar la deuda acumulada por meses en la familia y tener incidencia pública. Años después le fui desleal a la poesía y me dediqué a la novela, 1967, cuando escribí *El Valle de la Hamacas* (Premio Único del Consejo Superior Universitario Centroamericano, CSUCA).

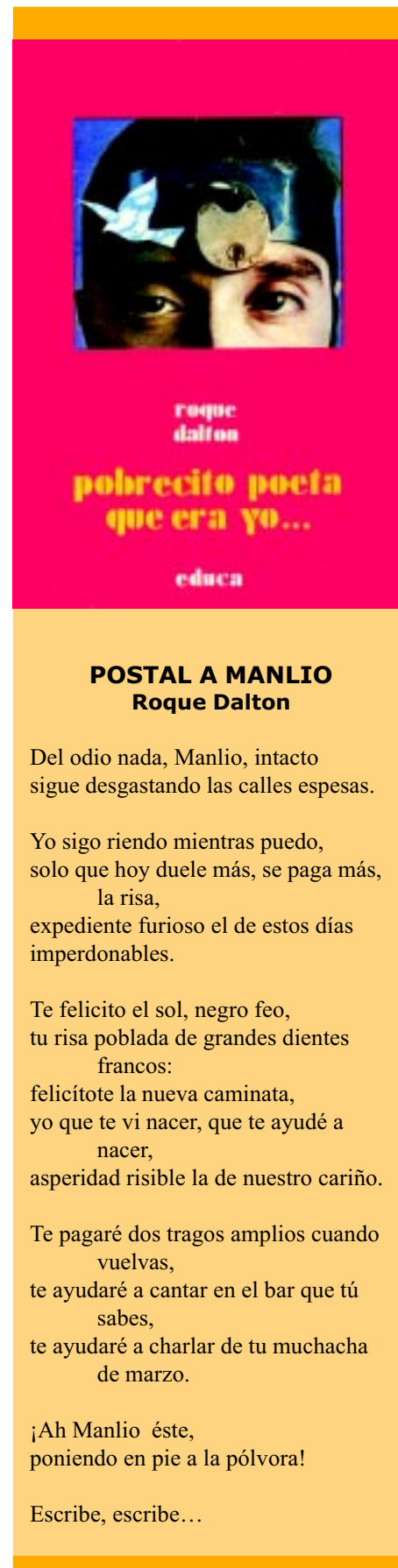
En 1972, me asilo en Costa Rica. Desde aquí gané el premio latinoamericano de novela con *Caperucita en la zona roja* (1977) y me invitaron a ser profesor de la Universidad de ese país (UCR). En 1984 renuncié a la UCR, me dedico a editor *freelancer* de varias editoriales; fundo y me dedico a tiempo completo al Instituto Cultural Costarricense Salvadoreño en San José para apoyar con la solidaridad y la cooperación internacional a más de veinte mil salvadoreños, la mayoría campesinos de Chalatenango, refugiados de las Naciones Unidas (ACNUR) en ese país hermano, ubicados en la ciudad de Heredia.

En 1988 fui invitado a Washington D.C. por la Red de Educadores para Centroamérica (siglas por el inglés: NECA; dirigido por mi amiga Débora Menkart), para una jornada de capacitaciones a maestros de la escuela primaria (*Elementary School*) en el área del D.C., con escolares extranjeros, entre ellos centroamericanos y salvadoreños. En el transcurso visité unas diez escuelas del D.C.

Antes de mi primera visita (pues fueron tres jornadas), la Dra. Débora Menkart me llamó por teléfono para preguntarme si conocía a un señor de nombre Aníbal, quien le expresó que era mi amigo y aunque no era maestro quería verme y saludarme. Aníbal llegó a NECA tres días antes de mi llegada, quería confirmar si llegaría a EE. UU., impaciente por... saludarme. Quedé en la luna de quién podría ser.

Había pasado veinticuatro años (desde 1964) para asociarlo con el Aníbal que participó en el interrogatorio de Roque Dalton, aunque en mi memoria me rumoraba como cuando uno se pone la concha de un caracol en los oídos.

Manlio Argueta, Desde América Central, diciembre 5 de 2009.



# Las palabras del Aire

Rebeca Becerra | Poeta hondureña

No tenías ángeles que te guardaran la vida  
tenías ríos turbulentos en las venas,  
soles que navegaban tus ojos de lince.

No necesitaste de dioses bailando sobre la piel,  
yo te conocí en la precisión de la palabra,  
y nunca fuiste un deshabitado de la vida.

¿Será posible que estés quieto ahora  
después de que tus pies incendiaban los caminos?

*Soñé que era el tiempo que se acumulaba  
sobre el brillo de las cosas,  
mientras iba perdiendo la mirada en la forma de una  
silla,  
en el vidrio de una ventana que llovía,  
en el quicio de una puerta que se alejaba.*

*Soñé que era el tiempo contenido de un reloj  
que llevaba aprisionado en mi mano.*

Yo siento que te tengo a veces en mi mano,  
como una palabra que ha caído en mi boca.

Me ronda el silencio de tu cuerpo,  
me toca,  
me habla,  
me acorrala.

Esa paciencia desmedida que nunca tuviste,  
ahora habita en este espacio  
en el que ronda tu recuerdo y mi vida.

*Soñé que el viento acariciaba mi sombra.*

*A veces se alargaba como espiga de trigo  
o se empequeñecía como diminutas semillas  
que jugaban sobre mi vientre.*

*Cuando temblaba,  
el viento molesto no la podía contener en su boca.*

*Ella caminaba sobre la tierra al compás de la luz;  
mientras la lluvia que caía me cobijaba,  
me susurraba en la piel.*

*A veces se liberaba  
huía con el agua bajo la tierra,  
conocía lo profundo, el secreto.  
Luego me aletargaba la tarde y perdía el sentido;  
el tiempo.*

*Alguien me nombraba y me dejaba caer en sus labios.*

Ha pasado el tiempo  
haciendo y deshaciendo hojas.

Cuatro años como cuatro sombras.

Cuatro dioses desterrados,  
como si te hubiera echado cuatro veces tierra  
con ocho manos que no reconozco.

Cuatro años sin que el viento eche a volar tus cejas.

Cuatro años como cuatro dromedarios  
atravesando el desierto de mis ojos.



Cuatro años sumergidos en la tierra,  
escondiendo los olores, los sonidos, los movimientos.

Cuatro años que me cuelgan de la piel  
como relojes.

Cuatro años que se sumergen en la muerte  
como debe ser.

*Soñé las noches que dormían en tu boca,  
yo iba dejando en cada una un hueso con mi carne  
hasta que quedé vacío como el agua, pero lleno como el  
aire.*

*Todo mi cuerpo se quedó en tu boca  
soñando tu aliento de sirena.*

El trato que hicimos, viejo,  
fue que vinieras a visitarnos  
y no te quedaras disfrutando de la muerte.

Que buscaras a los demás,  
y vinieras con el esqueleto de las hojas,  
dormido en los azahares del limonero,  
fresco en la flor de los duraznos,  
a suspirar en mis oídos, tu palabra silenciosa.

A esta hora debes estar charlando de nosotros,  
presintiendo que poco a poco nos vamos a ir juntando,  
uno detrás del otro,  
como una piedra detrás de otra piedra;  
-piedra sobre piedra-  
como se juntan las hojas de un árbol  
cuando llueve de repente.

Qué necio eres,  
hasta en la muerte hay que regañarte,  
¿por qué no vuelves a casa?

*Soñé que de mis manos brotaba la vida,  
los hombres y las mujeres  
se levantaban con el polvo a construir el mundo.*

*Perdía la pena el viento, la sal, el agua, la tierra,  
y se mudaban a vivir en mi sangre,  
en mi corazón marino,  
en mi pelo austral.*

*-la tierra toda en el hueco de mi mano  
nada para morir hoy-*

*Venían soñando los nombres –veleros de la aurora-*

*La palabra completa, venía*

*a decirle amor a mis ojos.*

*Olvidó la lluvia su lejana espesura,  
el camino los pasos –lengüetadas de fuego sobre la  
noche-*

*El eso abandonó la voz que golpeaba mi boca  
a la orilla del tiempo.*

*Soñé que era una parada del silencio infinito,  
nacida dentro de mí,  
como un grano de arena.*

Nunca nos preparamos para la muerte,  
a pesar de que la tuvimos frente a frente tantos días con  
sus noches;

pero cuando vino directamente a escudriñar en tus  
ojos,  
cuando estábamos frente a ella  
en medio de un vaho pestilente,  
se nos quebraron los huesos,  
como espejos a quienes un niño  
ha arrojado una piedra.

Era una epifanía dolorosa  
que no se puede construir con la palabra,  
si no con el recuerdo que se hunde en un pantano  
silencioso.

Yo te ocultaba.

Te oculté,  
en la torpe primavera que enfriaba las paredes,  
en el polvo de tus años,  
en la luz que se robaron las luciérnagas,  
en la primera palabra del día,  
en la semilla que germina,  
en las agujas del reloj que no van si no al tiempo,  
en la luz,  
en la vida,  
te oculté.

Pero no dejaba de venir,  
de sonar sus huesos,  
-cascabeles ebrios-  
de cantar su canción de ocio;  
de hundir su hoz en tu costado,  
hasta que reventó en estrellas tu cuerpo.

*Yo te espero en la penumbra de mi memoria;  
con las horas que se escapan de la tierra,  
con la sombra de la luna.*

En la noche me despierto con tu boca en mi boca  
y pronuncio tu nombre,  
mi nombre.

Quién de los dos ha muerto,  
si lo que nos espera a ambos  
no tiene respuestas ni preguntas.

*Yo te espero todavía  
para platicar contigo de la muerte;  
y reírnos juntos de esa pordiosera  
que se roba los hombres para sus huesos.*

México, D.F. año 2006

## DIRECTORIO

**Director de Diario Co Latino**  
Francisco Elías Valencia

Suplemento Cultural **Tres Mil**,  
Diario **Co Latino**  
23a Avenida Sur # 225,  
San Salvador, El Salvador, C. A.

**Telefax:** (503) 2271 0822  
**Teléfono:** (503) 2222 1009

**Coordinador general | Editor | Diseño  
y diagramación:** Otoniel Guevara  
**Coordinador Aula Abierta:**  
Vladimir Baiza  
**Investigación y archivo:** Roberto Deras  
**Entrevistas:** David Juárez  
**Información:** Mauricio Vallejo Márquez  
**Graficidad:** Camilo Fonseca  
**ADECA:** José Antonio Domínguez  
**ALBA Escritores:** Pablo Benítez

COLABORADORES  
**En El Salvador:** Tomás Andreu | Edgar  
Alfaro | René Chacón | Néstor Durán |  
Alvaro Darío Lara |  
**En el mundo:** Carlos Ábrego (Francia) |  
Luis Manuel Pérez Boitel (Cuba) | Javier  
Campos (Estados Unidos) | Norman Duglas  
(Panamá) | Gabriel Jaime Caro (Colombia)  
| Víctor Rojas (Suecia) | Silvia Favaretto  
(Italia)

Las opiniones vertidas en los textos  
son responsabilidad de sus autores.  
No nos responsabilizamos por la de-  
volución de originales no solicitados,  
ya sean textos o imágenes en cual-  
quier soporte posible. Toda colabo-  
ración deberá enviarse por correo  
electrónico a:

[culturatresmil@yahoo.com.mx](mailto:culturatresmil@yahoo.com.mx)

